



Hipatia Press
www.hipatiapress.com



Instructions for authors, subscriptions and further details:

<http://mcs.hipatiapress.com>

When man falls provider. Masculinity, unemployment and psychological distress in the family. A methodology for the search of affective normalization.

Juan Antonio Rodriguez del Pino¹

1) Universidad de Valencia, Spain

Date of publication: June 21th, 2014

Edition period: June 2014-October 2014

To cite this article: Rodriguez, J.A. (2014). When man falls provider. Masculinity, unemployment and psychological distress in the family. A methodology for the search of affective normalization. *Masculinities and Social Change*, 3 (2), 173-190. doi: 10.4471/MCS.2014. 49

To link this article: <http://dx.doi.org/10.4471/MCS.2014.49>

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

The terms and conditions of use are related to the Open Journal System and to [Creative Commons Attribution License](#) (CC-BY).

When man Falls Provider. Masculinity, Unemployment and Psychological Distress in the Family. A Methodology for the Search of Affective normalization

Juan Antonio Rodriguez del Pino

Universidad de Valencia, Spain

Abstract

An item that has equipped the masculinity of its traditional hegemonic character has been there presentation of man as immediate major supplier of their environment, than it has historically legitimized in their role as pater familias with all that that entailed. But this may change in men, with the economic crisis, have lost their jobs and, therefore, the system of domination believed immutable, shows some cracks. This has involved in some countries certain relocation with respect to a changing environment and fail to control sharpening the sense of "loss". Through a methodology used in new ways, men are seen in perspective. Based on their ability to connect with the subjectivity that had been severed, are rewritten from a new model of relationship to themselves and their environments..

Keywords: masculinity, unemployment, unease; family; methodology

Cuando Cae el Hombre Proveedor. Masculinidad, Desempleo y Malestar Psicosocial en la Familia. Una Metodología para la Búsqueda de la Normalización Afectiva.

Juan Antonio Rodríguez del Pino

Universidad de Valencia, Spain

Resumen

Un elemento que ha dotado a la masculinidad de parte de su carácter hegemónico tradicional, ha sido la representación del hombre como proveedor principal de su entorno más inmediato, lo que históricamente le ha legitimado en su rol como pater familias, con todo lo que ello conllevaba. Pero esta situación puede cambiar en hombres que, con la crisis económica, han perdido sus empleos y, por tanto, el sistema de dominación que se creía inmutable, muestra ciertas grietas. Esto ha implicado en algunos de ellos cierta desubicación con respecto a un entorno cambiante y que no logran controlar agudizando la sensación de “pérdida”. A través de una metodología usada de manera novedosa, los hombres se observan en perspectiva. Partiendo de su capacidad para conectar con la subjetividad que había sido cercenada, se reescriben desde un nuevo modelo de relación para con sí mismos y con sus entornos.

Palabras clave: masculinidad, desempleo, malestar, familia, metodología

Cuando se habla de género o de la relación entre hombres y mujeres, el concepto de patriarcado es una herramienta imprescindible para entender y explicar la desigualdad instalada en la historia de nuestra sociedad (Waisblat & Sáenz, 2011; Beneria en Martín, 2006; Rodríguez, 2013).

El término patriarcado, es decir, poder o gobierno por parte del padre -y por extensión, de todos los hombres-, está muy relacionado, a su vez, con el término género. Así, para Molina, el género es una construcción de ese patriarcado y una categoría que permite descubrir las relaciones de poder existentes (Molina en Tubert, 2003, p.126). El patriarcado, por tanto, es el poder que se observa al asignar los espacios sociales tanto a las mujeres como a los hombres. Asigna espacios y otorga valor y posee autoridad para nombrar y establecer las diferencias. El género, así entendido, por tanto, expresa diferencias de poder pero también las produce a través del discurso sobre las diferencias.

Para Molina, el patriarcado plantea una característica polifacética y precisa para perpetuarse en el tiempo “el reconocimiento y la complicidad, en cierto modo, de las mujeres” (Molina en Tubert, 2003, p.143) que aceptan los modelos de lo femenino como inevitable e incluso necesario. Las mujeres son alejadas del poder -es el conocido como techo de cristal-, pero a cambio, a través del patriarcado se les asignan unos valores y roles sociales propios. Mediante la mística de la maternidad se busca obtener un doble objetivo, por un lado, asumir de manera consentida la sujeción y, por otro lado, con la crianza, se convierten en salvaguarda y mantenedoras de las tradiciones.

Lo indicado para la mujer, no es exclusivo de ella, sino de ambos. Así la forma en la que se construye la subjetividad de una mujer o de un hombre, su manera de ser, de qué disfruta, de qué padece, de qué habla y de qué calla, es una construcción socio-histórica, que se escribe como guión con discursos y con prácticas, sobre la realidad material de los cuerpos: “Estos discursos y prácticas sociales se hacen carne en las personas concretas, cómo se expresan en la vida cotidiana, cómo se expresan en una manera de ser hombre y una manera de ser mujer que genera muchísimo malestar, sufrimiento y dolor. Mecanismos que son afines al sostenimiento y reproducción de las condiciones del sistema” (Waisblat & Sáenz, 2011, p.3).

El Patriarcado como Instrumento del Capitalismo

Resulta obvio que el patriarcado no es un constructo del capitalismo pero sí que ha mostrado una gran capacidad de desarrollo en este contexto. Esto es debido a que el Estado en su concepción moderna surge tras la revolución francesa y se va desarrollando a lo largo del siglo XIX a través de la sociedad burguesa paulatinamente imperante. Pero este Estado Nación decimonónico había excluido a las mujeres de la ciudadanía. El Código Civil Napoleónico que sirvió de modelo a muchos países, relegó a las mujeres al ámbito doméstico.

La igualdad, que era una meta política central de los sistemas democráticos y liberales, hacía de la desigualdad de hecho de las mujeres frente a la igualdad ante la ley una realidad que el Estado debía asumir (Astelarra, 2005, p.59).

Desde esta perspectiva, resulta interesante observar como a partir ciertos posicionamientos investigadores se plantea el binomio patriarcado-capitalismo y, desde aquí, entender cómo se “fabrica el hombre y la mujer capitalista (...) para lo cual, será necesario identificar en la vida cotidiana nuestros comportamientos para no luchar por la autonomía, a la vez que en la cotidianidad de nuestras vidas reproducimos la propuesta del individualismo que niega y mutila cualquier atisbo de autonomía, articulando una socialidad que despliega relaciones de poder donde se pone en juego la construcción misma del individuo social” (Cucco, 2013, p.5).

En este sentido desde la lógica del capital, que subsume las herencias del patriarcado, se tejen con minuciosa obscenidad los destinos de la subjetividad de hombres y mujeres. Se necesita de los sujetos ideológicos buscados que reproduzcan y den continuidad a su orden. Se necesita encadenar las subjetividades a los designios de la obtención de beneficios, encadenamiento que queda invisibilizado detrás de una naturalización de comportamientos disociados de sus causas; situación por otra parte, que cuenta con la complicidad de gran parte de las miradas de las ciencias psicológicas y sociales. Es desde estos parámetros como:

El capitalismo para ser necesita de hombres y mujeres enteramente capitalistas, pero para lograr esto fue necesaria una profunda metamorfosis, primero a sangre y fuego y luego disciplinando las subjetividades hacia la

aceptación pasiva, cuando no anhelada del horror civilizado. (Cucco, 2013, p. 5)

En el modelo planteado patriarcal-capitalista, el reparto de funciones entre hombres y mujeres está claramente estructurado, al igual que ocurre con la distribución de espacios, público y privado, y así, “pasó tiempo hasta que se planteó el trabajo asalariado y el trabajo invisible de las mujeres articulando el rol de proveedor-ganador de pan y el de ama de casa, especie de policía al interno del hogar para garantizar el cuidado del asalariado y de los futuros asalaraditos” (Cucco, 2013, p.5).

Para Cucco, es necesario “levantar la mirada; esto ha de ser comprendido en su génesis dentro de la devastadora acción del capitalismo extendido, que es el contexto que se hace texto en la articulación del “ser hombre hoy” (Cucco, 2013, p.2-3). Ello implica comprender la presencia de una subsunción de todos los niveles de la vida humana a un orden civilizatorio mercantil. García Linera (2010, p.22) cuando habla de las acciones para la transformación social, dice al respect

(...) En segundo lugar, lo que se tiene que superar ya no sólo es el dominio económico del capital, sino el orden civilizatorio del capital, la materia del capital, la cultura, la organización del trabajo, el tiempo, la sexualidad, la educación, el ocio, el conocimiento, la locura, la fuerza militar, la relación política, la institucionalidad del Estado, las fuerzas productivas, la conciencia del capital, la socialidad y humanidad del capital. De aquí proviene, entonces, una conclusión decisiva: la magnitud de la obra en extensión y profundidad es tal que sólo se la puede llevar como despliegue autodeterminativo directo, en todos los terrenos posibles del cuerpo social, de los miembros de la sociedad sobre sus relaciones de vida.

Por otro lado, María Jesús Izquierdo siguiendo a Marx afirma que:

Bajo el capitalismo, el trabajador ya no es un ser humano que trabaja, sino mercancía – fuerza de trabajo, capacidad abstracta de trabajar. El “trabajo necesario” de la “fuerza de trabajo” es aquel trabajo abstracto, socialmente necesario, que le permite a “la fuerza de trabajo” existir como fuerza de trabajo, no como ser humano. No cabe hablar de trabajadores, y mucho menos de seres humanos que trabajan, sino de capacidad abstracta de

trabajar, haciendo abstracción del trabajador a quien pertenece y de las condiciones familiares en que la misma se ha producido.
(Izquierdo, 1998, p. 231)

Esto genera una serie de cuestionamientos tales como: “¿No nos encontramos hoy con la naturalización de “vivir para trabajar” articulando cada vez más sarcásticamente desde la obscenidad neoliberal y globalizadora, la inevitabilidad de la inestabilidad, de la entrega total de los tiempos, de la brutal competitividad del sálvese quien pueda, de las soledades embrutecidas del emprendimiento individualista cada vez más enajenante?” (Cucco, 2013, p.8-9).

Ante lo cual afirma: “La necesidad de considerar el capitalismo extendido en la urdimbre de la sociabilidad cotidiana y las relaciones de poder que allí se expresan, no solo en las cuestiones de género sino también en pautas de crianza y modos relacionales; ya que tras la apariencia de intercambio pacífico se ocultan relaciones de poder y opresión” (Cucco, 2013, p.10-11); reforzando, a su vez, posicionamientos parecidos de otros autores:

La sociabilidad del mercado impone un tipo de cooperación cuya sustancia es la competencia. Para ello, debe arrancar primero a las personas de sus lazos comunitarios enfrentándolas después, individualizadas y competitivas, unas contra otras. Tras una ideología de democracia, igualdad, tolerancia y derechos humanos, esta sociabilidad antisocial, produce un orden basado en la guerra de todos contra todos, la reproducción de la desigualdad y el poder de unos sobre otros. (Morán, 2006 citado en Cucco, 2013, p.4.)

Un Modelo Retroalimentado Materno-Paterno-Filial

Este modelo así establecido, encarna aspectos nucleares funcionales a los inicios y desarrollo de la lógica capitalista y la subsunción de los postulados patriarcales. Así, Cucco afirma que:

El papel del hombre y de la mujer pueden ser representados simbólicamente como aspas que se cruzan en un juego donde la mujer está arriba (aspa izquierda) y el hombre abajo (aspa derecha). Ella hace de cuidadora de hombre e hijos (“mi marido como otro niño más”). Luego el hombre está arriba y la mujer abajo (aspa izquierda), él hace de jefe de familia, de

sostén y sustento, y ella queda aquí en situación de sumisión y dependencia (“de la obediencia al padre a la obediencia al marido”). Articulan un modelo que, tomando la metáfora de las “medias naranjas”, implica la complementariedad de un juego de dependencias mutuas (Cucco, 2010, p.13)

Desde este modelo de cosmovisión, el hombre dependerá de alguien que le cuide para ser trabajador eficaz. Mientras que la mujer precisará de alguien que la mantenga para poder cumplir su función doméstica y de cuidados (trabajo invisible). El sistema necesita que se necesiten. Ellos están dispuestos a pagar precios muy altos por el beneficio de “seguir juntos”. Sostienen una sexualidad a oscuras, robada al tiempo y al pecado. La mujer está centrada en los hijos, la casa, lo doméstico. El hombre en el trabajo. Ella se queja, pero está muy instalada en su lugar. Él calla, aguanta con una falsa conciencia de comodidad (Cucco, 2010, p.14).

Para compensar el grado de enajenación que supone ser hombre = trabajador = mercancía, respondiendo a los fines capitalistas (con la consiguiente subsunción de herencias patriarcales), se le otorgan privilegios que lo colocan en una situación de poder respecto a las mujeres. Su inserción en el mercado de trabajo con el rol asignado de sostén familiar le acarrea un fuerte peso y deterioro. Frente a ello el hombre tiene vedada la queja desde su rol asignado de su “ser fuerte” y desde la culpabilidad frente a sus privilegios. Esto sentará las bases de una problemática silenciada (Cucco, 2010, p.8).

Por esta razón, se parte de la consideración de que los consensos instituidos no desaparecen fácilmente, y perduran en sus efectos a pesar de los cambios en las condiciones sociales y materiales. Liberarse de los aspectos instituidos que son parte constituyente de nosotros y nosotras mismos/as implica, por tanto, dentro de la intervención social realizar acciones específicas y de modo propositivo, ya que supone estar trabajando sobre temas que nos atraviesan de parte a parte.

Pero como señala Mirtha Cucco, “Si los cambios político-sociales no caminan junto a la liberación de la psiquis del individuo, si se apuesta por lo social negando la subjetividad, toda construcción va a ser autoritaria”. Se plantea desarrollar la capacidad reflexiva que implica la capacidad de ponerse en cuestión “más allá de lo permitido por el orden establecido hegemónico no saludable” (Cucco, 2010, p.15).

Los Hombres y la Problemática Silenciada

Lo interesante aquí es observar cómo, desde estos planteamientos, el orden social impuesto desde el sistema capitalista en las relaciones mujeres-hombres afecta de manera diferente a ambos.

Si por un lado, para las mujeres, autoras como Di Nicola, entre otras, denunciaban la situación que conllevaba la denominada mística de la maternidad, donde se busca obtener un doble objetivo, por un lado, asumir de manera consentida la sujeción y, por otro lado, con la crianza, se convierten en salvaguarda y mantenedoras de las tradiciones (Di Nicola, 1991, p.25). Por otro, para los hombres, se reafirma la idea de que: “El hombre, en la apariencia de no tener la carga de los niños y la casa, no tiene peso visible, por tanto es un privilegiado, el hombre es “superior y poderoso”, ser trabajador y estar fuera de casa es un privilegio, el hombre no tiene carga. Por tanto si es un privilegiado, no puede denunciar sus malestares, ya que de ese modo “atentaría” contra sus privilegios” (Waisblat & Sáenz, 2011, p.8).

Siguiendo lo propuesto por Fernández (1993) la oposición entre lo público y lo privado entró en la lista de polaridades, junto con razón – sentimientos, inteligencia – intuición, palabra – emoción, poder – afecto, producción – consumo, eficacia – donación. Todos los últimos términos de esas polaridades se hallarían regidos por el principio constitutivo de la moderna vida privada: la sujeción de la mujer a la familia, a través del ingreso del hombre a la producción de lo público, sea por medio del trabajo, del poder o del lenguaje. La mujer a cambio se hallará a cargo de la producción del mundo privado y la racionalidad del espacio que es el de los sentimientos (Waisblat & Sáenz, 2011, p.6).

Para estos autores, el hombre es un ser que implica un deber ser, que se impone sin discusión: “ser hombre es equivalente a estar instalado de golpe en una posición que implica poderes y privilegios, pero también deberes: el privilegio masculino es también una trampa” (Waisblat & Sáenz, 2011, p.8). Y por tanto, todas estas condiciones generan una problemática que no se piensa y de la que por ende, no se habla. Es lo que vienen en denominar: “Problemática silenciada del hombre”, la cual, genera altos grados de sufrimiento tanto en hombres como en mujeres, haciendo indispensable su visibilización y su trabajo. Así, para Alfredo Waisblat y Ana Sáenz,

La subjetividad del hombre queda encerrada en su cárcel de “trabajador eficaz”, de proveedor de la familia, y desde allí, será mejor padre y hombre, cuanto más y mejor sea lo que lleve a casa. Esa será su tarea fundamental, y uno de los signos más preponderantes de su identidad. El trabajo asalariado de hoy, es heredero de toda esta violencia, implica las expropiaciones del hombre antes mencionadas, y la Invisibilización de las condiciones de construcción de este “trabajador”. Pero de todos modos, como esto es invisible, no puede oponerse a los supuestos privilegios que el hombre tiene “por derecho”, no se puede quejar, no puede expresar su malestar ni sus emociones (es requisito indispensable desafectivizarlo para que pueda soportar todo este “horror civilizado”) ya que cualquier queja atentaría contra su posición privilegiada, tal como se plantea en los Supuestos Falsos. (Waisblat & Sáenz, 2011, p.8)

Se trata, por tanto, “de un hombre que fue construido desde las lógicas de un ser omnipotente, activo, fuerte, y capacitado para enfrentarse con lo público de un modo privilegiado, con los códigos adecuados para el aprendizaje, competitivo, jerárquico y con lazos sociales precarios” (Waisblat & Sáenz, 2011, p.9).

Desde este punto de vista, la construcción del “trabajador asalariado eficaz” (ganador de pan) conlleva, además, otros atributos sociales valorables tales como el hecho de tener que ser fuerte, rudo, sin sentimientos, identidad construida desde el tomar, poseer, afirmarse usando la fuerza si es preciso, alejándole al hombre del ámbito familiar y, por tanto, de los hijos. El valor del padre tiene que ver con el dinero que puede conseguir (posteriormente tendrá que ver con esto y con el éxito). “Con el salario adquiere una posición objetiva de poder, pero enajenado” (Waisblat & Sáenz, 2011, p.11).

Desde esta perspectiva, Alfredo Waisblat afirma que, “toda la subjetividad del hombre queda transformada en fuerza de trabajo, la expresión de la riqueza de lo humano, queda subsumida en categorías económicas, y expresada en las mismas” (Waisblat, 2013, p.4).

La identidad del hombre queda encerrada en su cárcel de “trabajador eficaz”, de proveedor de la familia, y desde allí, será mejor padre y hombre cuanto más y mejor sea lo que lleve a casa. Esa será su tarea fundamental, y uno de los signos más preponderantes de su identidad. El trabajo asalariado

de hoy, es heredero de toda esta violencia, implica grandes expropiaciones en la subjetividad del hombre. Tal y como señala Waisblat,

No puede conectar con la paternidad y el afecto hacia su familia, no se lo construye para cuidar y por ende, menos aún para cuidarse y no ponerse en riesgos, no puede decir “no sé” (porque hasta el valor se le supone), la articulación de la vida cotidiana ha caído del lado de la mujer y lo deja en un lugar enorme de dependencia, no puede conectar con una sexualidad saludable, al quedar ésta del lado del “rendimiento y dar la talla” y por último, pero no menos importante, está muy deteriorada la capacidad de conectar con sus emociones y más aún la expresión de las mismas.

(Waisblat, 2013, p.4)

Desde este planteamiento se observan diversos niveles de relación claramente diferenciados. Por un lado, La sociabilidad con los otros hombres se establece en términos de “producción de objetos” regalos, dinero, etc. Esto genera una situación particular: pedir ayuda o dar ayuda, queda restringido nuevamente al plano de “proveer”. Por otro lado la asunción en la familia del rol de proveedor, produce el sentimiento de falla, con la pérdida de autoestima que esto conlleva y la obligación de resolver solo esa mácula en su masculinidad. “El hombre se siente mal pero no es capaz de explicar lo que le pasa. Y si los sentimientos no se elaboran, pasan factura y se expresan de otras maneras” (Waisblat, 2013, p.4).

El Desempleo o la Metáfora de la Bomba Emocional

Como ya hemos indicado en otros momentos, hay que destacar el hecho según el cual, la masculinidad es, tal y como señala Jociles, “un concepto que articula aspectos socio-estructurales y ocio-simbólicos, por lo cual exige que se investigue tanto el acceso diferencial a los recursos (físicos, económicos, políticos, etc.) como las concepciones del mundo, las conductas, el proceso de individuación y la construcción de identidades” (Jociles, 2001, p.11). Es por ello que un elemento que le da identidad y lo define en su contexto desaparece, genera, como es el caso del desempleo, trastoques indudables que pueden conllevar consecuencias más allá de las supuestas previamente. El desempleo, por tanto, va más allá del mero hecho de perder el empleo, genera distorsiones en la estructura misma de la

masculinidad tradicional puesto que resta al hombre, así entendido, de uno de los elementos identitarios clave.

El desempleo, por tanto, se observaría como el fracaso de la función taumátúrgica del hombre desde tiempos ancestrales, el aprovisionamiento de los suyos. Todo ello, si lo relacionamos con la variable edad y lo ponemos en relación con hombres desempleados en sus últimas etapas productivas, lo que los expertos enmarcan en la franja entre 45 – 65 años cobra un mayor elemento de dificultad que no resulta baladí.

Así, si recogemos lo indicado por Subirats y Castells, “competir es la gran palabra de la masculinidad de nuestro tiempo, una palabra que ha pasado del deporte a la economía y de ella a invadir el conjunto de la sociedad. Competir, es la versión actual de pelear” (Castells & Subirats, 2007, p.98). Una vez, por tanto, que desaparece esa competición, esa lucha,... ¿qué queda? De esta manera, en el momento en que el trabajo que le daba identidad y un lugar valorado en la sociedad y entre otros hombres, desaparece, “la posibilidad de sostener y expresar afectos también se ve severamente afectada. El hombre se encierra y no saca fuera lo que le pasa” (Waisblat, 2013, p.6).

En este sentido, la familia igualitaria (llamada también significativamente por los especialistas, la “familia postpatriarcal”) puede ser la nueva respuesta. Ya que, tal y como indica García de León: “En ella se dan los ingredientes excelentes de cultura + dinero, los cuales son capaces de generar una “economía interna” muy estimulante. Establecer un nuevo pacto, por fin, entre personas que se respetan por igual” (García de León, 2009, p.216). Esta es la realidad familiar idealizada, cuando ambos miembros adultos proveen, aportan a la economía familiar. La cuestión que se destaca es cuando no se produce esa situación, sino más bien su contraria.

En este sentido, el desempleo, desempeña ese papel de espoleta, de acicate, que impulsa al replanteamiento por parte de los hombres de su rol dentro de la organización familiar, puesto que como indica Flaquer: “los hombres tienen que dejar esta coraza que les seguimos fabricando y entrar en una comprensión distinta de la vida y la realidad” (Flaquer, 1999, p.2). Se demuestra como la aceptación de proveedor, de trabajador, conlleva elementos positivos tales como la imagen de libertad que proyecta ante los demás, su presencia en los espacios públicos, etc. Pero a su vez posee una

contraparte, la “casi obligatoriedad” de negarse la opción del afecto, de lo emocional, de los sentimientos. Da la impresión que nos encontramos con un binomio imposible si se es trabajador, esto conlleva un triunfo social, que a su vez, implica la imposibilidad de mostrar flaqueza, y todo lo que implica muestra afectiva. Es lo que desde la metodología ProCC se conoce como problemática silenciada, que ya hemos mencionado más arriba.

Para romper con esta situación viciada, según el planteamiento ProCC, “el hombre debe comenzar a cuestionar una identidad que brinda tantos privilegios como dolores, debe ser consciente de que recuperar lo que se le ha expropiado, le permitirá tomar distancia del imaginario social hegemónico y transitar espacios que siempre le resultaron ajenos” (Waisblat & Sáenz, 2011, p.15).

La Metodología de los Procesos Correctores Comunitarios ¿Una Alternativa Viable?

La cuestión valorada aquí es observar cómo una vez que los hombres se quedan en desempleo, esto afecta a estado anímico y cómo es posible “reparar” ese malestar a través del análisis de la situación y la toma de conciencia respecto al papel desempeñado hasta el momento en base al criterio patriarcal-capitalista.

Para ello, como afirma Cucco, se parte de la situación de malestar que sienten los hombres cuando no trabajan y eso les priva de un elemento clave de identificación, el rol de proveedor. Por tanto, se inicia a partir de un momento negativo que hace de “en la vida cotidiana normal está presente la queja, queja que denuncia malestares” (Cucco, 2006, p.65).

Pero ese malestar no es reconocido a nivel médico o a través de temas de salud. Ello ha implicado que desde la metodología ProCC (Procesos Correctores Comunitarios) se halla acuñado un concepto que recoge esa situación, la Normalidad Supuesta Salud (NSS) y que en palabras de Cucco y Losada, recoge a nivel general “todos aquellos malestares que la población sufre y que habitualmente no analiza, ni cuestiona porque los considera normales, que no generan demanda explícita, sino que ocupan el lugar de la queja, que no tiene interlocutor válido y que sin embargo se cobran altos precios en Salud y Bienestar” (Cucco & Losada, 2002, p. 32). A través del concepto de Normalidad Supuesta Salud, se identifica, de

alguna manera, una situación que hasta el momento no se había logrado describir: “nombrarlos, darles entidad, permite su identificación y caracterización” (Cucco, 2006, p.66). Situación, a su vez, que en la actualidad podemos reconocer en los hombres desempleados.

Desde esta intervención se reconoce la influencia metodológica del psicoanálisis, pero se destaca que la actuación que realizan no supone un trabajo terapéutico, aunque sí de reflexión, a través del “espacio grupal en tanto lugar de génesis y neogénesis de la subjetividad, y el espacio institucional como instancia que precede y sitúa” (Cucco, 2006, p. 66).

Para que todo esto fuera posible tenía que articularse un tipo de subjetividad, la que se puede entender cómo “autopercepción consciente de los sujetos, y que supone una identidad inherente y unitaria que es fuente de toda acción y de todo sentido” (Cucco, 2006, p.106). Atribuyendo, por tanto, al sujeto unas características propias. Esto se hizo a través del desarrollo del individualismo metodológico como creación de categoría filosófica que luego se llevó a categoría psicológica y a otros ámbitos, porque el capitalismo necesita un sujeto individualista. Nos referimos a un conjunto de teorías que desarrollan una concepción del ser humano como individuo “libre” de ataduras, alejado de la comunidad, produciéndose el alzamiento del “individuo” sobre las ruinas del ser humano como ser social, en palabras de Agustín Morán (2002). En este tipo de sociabilidad, la sociabilidad capitalista, los vínculos son algo funcional, algo que ejercemos pero que no vivimos como constituyentes, sino como algo amenazante.

Dentro de este escenario, sólo un vínculo nos promete la eternidad y la completud del yo, sólo un tipo de vínculo ofrece la posibilidad de un yo ideal inalterable y la promesa de una completa satisfacción: el vínculo con el mercado. Como decía Marx, las relaciones entre las personas se transforman en relaciones entre cosas, mientras que se antropomorfiza la relación con las cosas. El mercado aparece como un ente vivo y proveedor que a través del consumo, promete la posibilidad de lograr una satisfacción completa. Un psiquismo construido de esta manera precaria, determina la emergencia socio histórica de un sujeto ávido de imaginario social (Waisblat & Sáenz, 2011,p.12-13).

Sin embargo, no habría ser humano individual, sin el hecho social, sin la sociedad. Tampoco habría sociedad sin personas, sin individuos sociales, que solo pueden individualizarse desde su dimensión social previa. El ser

humano es condición y consecuencia de lo social, y es falso que todos los seres humanos sean iguales (obrero y empresario, por ejemplo). Sin la vida social no hay racionalidad. El ser humano se desarrolla en “los espacios grupal e institucional (...) pero estos espacios son espacios no neutrales, portadores de ideología, expresión de la institución efectiva de la sociedad” (Cucco, 2006, p.107).

Para Waisblat y Sáenz, se pone la mirada en la construcción de la subjetividad, y desde ahí, se abordan algunas cuestiones en común de hombres y mujeres (...) Las condiciones patriarcales de desigualdad e inequidad, siguen existiendo hacia lo interno y deben ser trabajadas en todas sus dimensiones. Pero hay un sistema opresor que determina con violencia real y simbólica una subjetividad deshumanizada y enajenada en la consecución de beneficios económicos. Esto es lo que se refleja en la construcción de los Supuestos Falsos. Esta construcción permite la elaboración de programas con mucha potencia de transformación ya que se trabaja dialécticamente la relación entre lo constituido, la subjetividad masculina y femenina y lo constituyente que son las formaciones sociales hegemónicas a partir del imaginario social (Waisblat & Sáenz, 2011, p.13-14). Así, la intervención, como insiste Cucco, “está dirigida a incidir sobre las expresiones de la variable transversal, o sea en las cristalizaciones efectivas de lo imaginario, en los comportamientos (...) desocultando aspectos invisibilizados en la Normalidad Supuesta Salud (...) conllevando cambios en los comportamientos cotidianos” (Cucco, 2006, p.181).

Es necesario, por lo tanto, hablando de masculinidad, ocuparse, según sus planteamientos, de la subjetividad maltratada, de las expropiaciones desde donde se construye, de los dolores; de todo esto tantas veces silenciado. Pero, a su vez, (Cucco, 2010, p.2) considera como muy importante poder abordar el trabajo de los roles masculino y femenino desde una concepción estructural, entendiendo la construcción de dichos roles acorde con la formación económico-social que les da lugar. Esto nos permite descifrar la alta ingeniería, que en la lógica del Capital, conllevan los roles asignados-asumidos masculino y femenino, pudiendo tomar como un ejemplo paradigmático lo que hemos llamado “el rol del hombre trabajador” y el rol de la mujer de “ama de casa”.

Por lo indicado, entonces, la metodología ProCC implica partir de una concepción socio-psico-bio en interrelación dialéctica, que permite,

tomando como objeto de estudio la vida cotidiana, dar cuenta de la relación entre formación socio-económica y el devenir subjetivo (Cucco, 2006, p. 177). Como sus diseñadores explicitan; “Los programas ProCC, son programas, por tanto, de intervención comunitaria específicos para la atención de los malestares cotidianos que pretenden potenciar el desarrollo del protagonismo personal/social para la búsqueda de soluciones, y el planteamiento de alternativas de una problemática dada” (Cucco, 2006, p. 177). Para Cucco, no sólo se trata de un modo de producción económica, sino de un modo de producción social (...). La institución familiar es un ámbito privilegiado para realizar, paso a paso, este disciplinamiento de los comportamientos(...). La sociedad busca entonces, instituir interpretaciones dominantes que se arraiguen en las subjetividades, intentando clausurar todo intento de interrogación, dado que esto entraña el riesgo de cuestionar las certidumbres sobre las que se asienta su identidad. Esta institución de las significaciones instauro las condiciones de lo factible, y mantiene unida a una sociedad, en el plano de la subjetividad colectiva. Así toda formación económico-social “sujeta” su orden (Cucco, 2010, p.3).

La Psicología Social, desde la perspectiva de Enrique Pichon Rivière, se inscribe en la crítica de la vida cotidiana, ésta implica (Pampliega de Quiroga & Racedo: 1993, p. 13) “el análisis del destino de las necesidades de los hombres en una formación económico-social determinada”; lo que evidentemente concierne al análisis realizado desde la metodología de los Procesos Comunitarios Correctores. Dentro de esta metodología, cobra nuevo valor cierto concepto que no es desconocido, así, Mirtha Cucco, para desarrollar el proceso corrector, recoge la definición de rol de G. Mead, adaptándolo y redefiniéndolo como “un modelo organizado de conducta relativo a una cierta posición del individuo en una red de interacción ligado a expectativas propias y de los otros”. Ese rol no sólo es expresión individual, sino que es producto social y, por tanto, puede enriquecer el nivel de lectura en la dinámica grupal donde, trascendiendo la dimensión vertical/horizontal, se trabaja la expresión del imaginario social efectivo (variable transversal) (Cucco, 2006, p.193).

Para lograrlo, se hace uso en el grupo formativo mediante la acción grupal, lo que se denomina juego dramático, porque “trabajar con técnicas dramáticas consiste en utilizar, en función de nuestros fines una forma de expresión habitual de nuestro comportamiento: la dramática” (Martínez,

2005, p.85). El interés que posee esta técnica es debido a que “la consideración de la escena, el juego en el espacio, lo gestual, los tonos, las miradas agudizarán la lectura y permitirán aflorar niveles impensados del imaginario grupal” (Cucco, 2006, p.209); es decir, el individuo, podrá expresar de una manera dramatizada, ante el resto del grupo, lo que el peso social que “arrastra” le impide expresar libremente.

En Conclusión

Cuando se trabaja la problemática del hombre, las mujeres suelen dar una nueva vuelta a su problemática con un fuerte impacto. Así, al tomar conciencia de la problemática silenciada del varón, definitivamente no pueden seguir sosteniendo la esperanza de que su cambio dependa de que “le ayude” aquel al que no le pasa nada, ya que “sí le pasa”. Entonces el problema se focaliza de diferente modo, sin menospreciar lo que de dominación entre ambos queda por trabajar, ya que el Supuesto Falso es real como dijimos, en tanto objetivación de una realidad material de control.

Por otra parte los hombres se sorprenden y emocionan con el descultamiento de su problemática silenciada expresando, en muchas ocasiones, que es la primera vez que han podido penetrar en algo que les concierne tanto y que está sin embargo tan oculto (Cucco, 2010, p. 9). Esto debe dar lugar a un nuevo modelo de relación donde los hombres miran a la otra parte con otra mirada

Como concluye Sanfelix, “El cambio en los varones está siendo lento y con dificultades, pero tal vez estemos ahora más cerca que nunca de la consolidación de la ruptura con la norma hegemónica” (Sanfelix, 2011, p. 27) y, por tanto, aunque resulte ahora incipiente e incluso anecdótico, puede ir consolidándose beneficiando en un futuro no muy lejano a ambas partes.

Referencias

- Astelarra, J. (2005). *Veinte años de políticas de igualdad*. Valencia: Ediciones Cátedra.
- Castells, M. y Subirats, M. (2007). *Mujeres y hombres ¿Un amor imposible?* Madrid: Alianza.

- Cucco, M. (2013, Julio). *¿Engranajes que se desplazan, espacios que se abren? Superando el rol de proveedor o nuevas versiones renovadas*. Ponencia presentada en la Jornadas sobre Cuestiones de género: Los aportes ProCC. De la masculinidad hegemónica a las masculinidades. La Habana. Accesible en <http://jornadas-masculinidad.webnode.es>
- Cucco, M. (2010). "Hombres y mujeres ¿Sólo un problema de rosa y azul? La formación del sujeto que somos. Capitalismo, relaciones sociales y vida cotidiana." *Nuestra Ciencia. Revista del Colegio de Psicólogos de la Provincia de Córdoba- Argentina*, 14 (37-46).
- Cucco, M. (2006). *ProCC: Una propuesta de intervención sobre los malestares de la vida cotidiana. Del desatino social a la precariedad narcisista*. Buenos Aires: Editorial ATUEL.
- Cucco, M., & Losada, L. (2002). Metodología de los Procesos correctores comunitarios. *Rescaldos*, 6, 31-36.
- Di Nicola, G.P. (1991). *Reciprocidad hombre/mujer. igualdad y diferencia*. Madrid: Narcea.
- Fernández, A. (1993). *La mujer de la ilusión: pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Flaquer, L. (1999). *La estrella menguante del padre*. Barcelona: Editorial Ariel.
- García, A. (2010). *Forma valor y forma comunidad*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- García de León, M.A. (2009). Cabeza moderna/corazón patriarcal (luces y sombras de un gran cambio social en la identidad de género). *Revista Barataria*. 10, 209-220.
- Izquierdo, M.J. (1998). *El malestar de la desigualdad*. Valencia: Editorial Cátedra.
- Jociles, M.J. (2001). El estudio sobre las masculinidades. Panorámica general. *Gazeta de Antropología*, 17, 1-15.
- Martín, A. (2006). *Antropología del género*. Madrid: Editorial Cátedra.
- Martínez, C. (2005). *Fundamentos para una teoría del psicodrama*. Buenos Aires: Editorial siglo XXI.
- Mestre, Y. (2013, Julio). *El varón adulto medio desde la perspectiva de los Procesos Correctores Comunitarios*. Ponencia presentada en la Jornadas sobre Cuestiones de género: Los aportes ProCC. De la

- masculinidad hegemónica a las masculinidades. La Habana, Accesible en <http://jornadas-masculinidad.webnode.es/>
- Morán, A. (2006). *Materiales para curso de capacitación organizado por el Centro de Desarrollo de Salud Comunitaria*. Madrid: Centro Marie Langer.
- Morán, A. (2002). *El individualismo metodológico. Aportes para la comprensión del sujeto roto actual*. Madrid: Centro Marie Langer.
- Pampliega de Quiroga, A. y Racedo, J. (1993). *Crítica de la vida cotidiana*. Buenos Aires: Editorial cinco
- Rodríguez, J. A. (2013). El hombre unidimensional desestructurado. *Barataria. Revista Castellano-Manchega de ciencias sociales*, 16, 97-106
- Sanfelix, J. (2011). Las nuevas masculinidades. Los hombres frente al cambio en las mujeres. *Prisma Social*, número 7, 1-29.
- Tubert, S. (Ed.) (2003). *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*. Valencia: Editorial Cátedra-Universidad de Valencia.
- Waisblat, A. (2013, Julio). *El impacto del desempleo en la subjetividad masculina. Una intervención comunitaria con hombres en situación de desempleo*. Ponencia presentada en la Jornadas sobre Cuestiones de género: Los aportes ProCC. De la masculinidad hegemónica a las masculinidades. La Habana. Accesible en <http://jornadas-masculinidad.webnode.es/>
- Waisblat, A., & Sáenz, A. (2011, Enero). *La construcción socio-histórica de la existencia. Patriarcado, capitalismo y desigualdades instaladas*. Ponencia presentada en Jornadas sobre Roles masculino y femenino a debate, Bilbao.

Juan Antonio Rodríguez del Pino es profesor en el Departamento de Sociología y Antropología Social de la Universidad de Valencia.

Dirección de contacto: Correspondencia directa a Juan Antonio Rodríguez del Pino, Universidad de Valencia, Departamento de Sociología y Antropología Social, Av. Tarongers, 4b, 46021 Valencia, email: Juan.Rodriguez@uv.es